

Ignoraba a qué se debía, pero siempre era lo mismo. A pesar de la luna llena, la luz nunca parecía penetrar del todo entre las copas de los árboles como si estas la absorbieran para preservar la penumbra que abraza el suelo del bosque.

Teniendo cuidado de no tropezar, estiró los brazos usando las ramas bajas y los troncos de los árboles como guía, sabiendo que se arriesgaba a caer de bruces en cualquier momento sin importar con que tanta lentitud caminase.

Cuando finalmente vio el claro, no dudó en correr en esa dirección. Con lo que no contó fue con la enorme raíz que apenas sobresalía del suelo del bosque, y que no tardó mucho en ser la responsable de hacerla tropezar y prácticamente catapultarse de cara hacia la dura tierra.

Cerrando los ojos, se preparó para el impacto... que jamás llegó.

Por el contrario, sintió cómo su cuerpo era recostado con delicadeza sobre la suave hierba que aún preservaba la calidez de los últimos rayos de la tarde. El calor alrededor de su cintura, y extendiéndose por su espalda, de inmediato la hizo saber que ya no estaba sola.

Girándose en los brazos de su salvador, y feliz de saberse segura a su lado, le ofreció una sonrisa radiante.

—Viniste —la voz masculina era apenas un susurro amortiguado contra sus cabellos.

—Sabías que lo haría —separándose apenas unos centímetros, lo miró extrañada tan pronto las palabras se registraron en su mente.

—Yo... No estaba seguro —lo escuchó murmurar mientras volvía a acortar la distancia entre ellos, enterraba el rostro contra su cuello e inhalaba hondo—. Cuando te marchaste... Pensé que iba a enloquecer si no te tenía de nuevo en mis brazos.

—Yo me sentía igual, como si tuviese un enorme vacío adentro mío... —le respondió de la misma manera, acariciando los cabellos azabaches que tanto le fascinaban.

—Mi amor... Mi vida...—le besó las mejillas, luego rozó sus labios con los suyos—. Mi

mundo.

Ella siempre olía a chocolate, vainilla y canela. Estrechándola aún contra él, dejó escapar un gruñido al sentirla envolverle las caderas con sus piernas. No supo en qué momento había quedado en esa posición, pero de esa manera su masculinidad estaba apretada contra su centro.

Pero en el momento en que, inesperadamente, el suave ondular de sus caderas y sus gemidos cuando se levantó con ella y la apoyó contra un árbol, le dejaron en claro que si no la detenía, se iba a enterrar profundamente en ella.

—Amor... si sigues así, no voy a poder controlarme —le susurró, besándole el cuello y bajando uno de los breteles del vestido.

En cuanto vio el rosado pezón erecto pidiéndole una caricia, simplemente volvió a gruñir complacido. Agachó la cabeza, lo tomó entre sus labios y lo torturó deliciosamente; lo acarició con la lengua y succionó lentamente. Cuando ella lo mordió con suavidad en el hombro para clavarle las uñas en la espalda, él simplemente bajó una mano y la metió entre sus piernas para rasgar la minúscula tanga de un solo tirón.

—Por favor...

—¿Qué quieres, mi vida? —deseaba escucharla. Necesitaba escucharla pedírselo.

—A ti... —Mientras luchaba por soltarle los botones del jean, algo difícil dado lo duro de su erección, no dejaba de retorcerse en un intento por intentar lograr su tarea, pero no queriendo interrumpir el contacto entre sus cuerpos.

—Ángel, yo... —Apartándose un poco, él se lo permitió, y cuando ella sujetó su duro miembro en su pequeña mano, involuntariamente empujó las caderas hacia adelante, haciéndola gemir al rozar ese punto tan sensible entre sus piernas. El sentir la humedad dándole la bienvenida puso a dura prueba su autocontrol. Quería ser suave, pero el animal en él quería abrirse paso en su interior y poseerla hasta marcarla como suya.

—No quiero que te controles —le susurró ella, guiando su miembro.

—Amor, eres tan pequeña... No quiero lastimarte —Cerrando los ojos, volvió a esconder el rostro contra su cuello. No quería poseerla como un animal salvaje. Esa jamás había sido su intención. Quería cortejarla dulce y lentamente.

—No me vas a lastimar. Por favor... —El momento en que comenzó a penetrarla y sintió la suave resistencia, sus palabras parecieron cobrar sentido en su mente—. Solo quiero ser tuya.

¡Ella era virgen! Ningún hombre jamás la había tocado. Y ella se le estaba entregando a él. Únicamente a él, y por completo. A él, a quien su gente le temía y lo evitaba, y simplemente lo toleraban porque los protegía.

A él, que estaba tan quebrado que pensó hallarse más allá de toda redención hasta que ella apareció en su vida.

Mirándola a los ojos, vio la verdad que sus labios aun no habían hablado. Ella lo amaba.

Besándola apasionadamente, la penetró con un lento movimiento, suavizando la incomodidad con besos y caricias. Jamás había sentido nada como eso. La presión y el calor lo tentaban a perder el control sobre su lado salvaje.

Mantuvo el ritmo lento y tortuoso, separándolos casi por completo para luego volver a penetrarla de la misma manera.

—Por favor... Por favor.

Respondiendo a su pedido, aceleró sus embestidas. Quería escucharla gritar su nombre, quería grabarse a fuego en su alma y que todos supieran que ella le pertenecía. A él, y a nadie más.

A medida que su respiración se aceleraba, y ella le arañaba la espalda, supo que estaba por darle su primer orgasmo. Entonces, él lobo lo poseyó, haciéndolo clavarle aún más hondo.

—¡Dilo! —Él gruñó, penetrándola, pero sin permitirle acabar—. Di que eres mía.

—Por favor... —Ella estaba loca de excitación, y el hecho de que él se hubiese puesto medio salvaje solo la llevaba a nuevas alturas.

—¡Dilo! —Podía ver la tensión que invadía su cuerpo, y no era solamente por la situación. Necesitaba oír esas palabras de su boca.

—Soy tuya... Ahora y para siempre.

En el momento en que ella las dijo, todo su control estalló.

La sujetó de las caderas con tanta fuerza que supo que le dejaría marcas. Comenzó a retroceder y clavarle más hondo en ella mientras no dejaba de besarla apasionadamente, usando su velocidad sobrehumana.

Sus gritos retumbaron por el bosque, y el instante en que ella tuvo su orgasmo, apretándolo con tanta fuerza que se sintió morir de placer, lo llevó al cielo con ella, haciéndolo derramarse y llenándola con su esencia.

—Te amo, mi ángel. —Besándola en los labios, la envolvió en sus brazos, y aunque enterrado en ella, se dejó caer de rodillas sobre el suelo húmedo del bosque—. Te amo. Te amo.

Fue cuando bajó a su cuello, que sintió el sabor metálico de la sangre y notó que la había mordido. Sintió que el asco y el desprecio se retorcían en su interior. La había lastimado con su brusca pasión.

Ella debió intuirlo porque, sujetándolo de la nuca, lo obligó a mirarla.

—Te amo. —El alivio que sintió al oír esas dos palabras fue tan grande que una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

—Nunca imaginé que ibas a amar al monstruo —le susurró estrechándola con fuerza contra él y escondiendo el rostro en sus largos cabellos—. Nunca me dejes. Jamás.

Sabía que sus emociones lindaban con lo enfermizo, pero eso no le importaba.

Lo único que valoraba en todo el mundo, era ella. Su pequeño ángel que había surgido de entre las sombras de las pesadillas y con una simple caricia lo había hecho postrarse de rodillas ante ella, doblegando no solo al hombre, sino también al lobo.

—¿Wolf? —El miedo en su voz le encogió el corazón.

Apartándose para mirarla, sintió como si el mundo a su alrededor comenzase a salir de foco, y un miedo helado lo invadió. El bosque, la luna, el acantilado... lentamente todo comenzó a tornarse borroso mientras las sombras parecían ir cubriéndolo todo.

La mujer en sus brazos también comenzó a volverse etérea. Desesperado, intentó estrecharla entre sus brazos de nuevo, pero su cuerpo parecía hacerse cada vez más inmaterial. El lobo aulló, desesperado, en su interior.

—¿Wolf? —Y el miedo en su rostro solo reflejaba el suyo propio.

No podía volver a perderla. Si ella se marchaba de nuevo, él simplemente enloquecería. Desesperado, miró a la luna llena. Ella era su guardiana y velaba por sobre todos ellos. Abriendo su corazón, y permitiendo que lágrimas de desesperación rodasen por su rostro, le suplicó.

—No te la lleves. Ella es mi todo —susurró sintiendo cada vez más la ausencia de su

amada.

Haría lo que fuera para que le permitiese conservar a la joven, pero, de alguna manera, supo que ya era tarde. Sin importar lo que hiciera, parecía que siempre era tarde, que nunca nada de lo que hiciera fuese suficiente.

Bajando los ojos, miró sus brazos vacíos, donde instantes antes ella había estado envuelta en las garras de la pasión; donde le había entregado su virginidad y sangrado por él; donde le había dicho que lo amaba, conquistando definitivamente al monstruo en él.

—¡Regrésala! —Apretando los brazos contra su torso, le gritó al viento. El sonido desgarrado, mezcla de grito y aullido, vibró en la noche.

El lobo tomó el lugar del hombre, y deteniéndose en el borde del acantilado, aulló todo su dolor y su furia hacia la luna, la única testigo de su amor y de su caída.